

Epílogo

Al final de este libro quizás alguien quede enojado o exclame descompuesto que su lectura desordena todo el contenido de la fe, sin respetar la sabiduría ni el sentido creyente de dos mil años de historia de la Iglesia. Pero la pregunta es si es posible seguir hablando como antes, cuando se ha dejado el axioma antiguo para adoptar uno nuevo. Por lo demás, no hay razón para entrar en pánico. Lo que se ha desordenado es sólo la presentación y la formulación del mensaje de la fe tal como había sido aceptado en la Edad Media. El bloque granítico de la modernidad destroza sin apelación la imponente estatua del revestimiento medieval de nuestra fe. No se niega su sabiduría ni rectitud. La mayoría de las veces, aunque no siempre, los teólogos de la Iglesia primitiva y de la Edad Media han pensado el mensaje original de la fe correctamente y a menudo con una riqueza y profundidad sorprendentes, pero por supuesto partiendo siempre del axioma de la heteronomía. No conocían ningún otro axioma. Tampoco tenían conciencia de que su punto de partida era una axioma.

Entretanto se ha producido un cambio de época. El ser humano ha descubierto la autonomía del cosmos, y con ello, su propia autonomía. Y la doctrina de la fe toda entera, construida como estaba sobre el axioma de la heteronomía, perdió su validez. No la perdió el mensaje mismo de la fe, el cual reflejaba la experiencia histórica, intramundana, que había tenido Israel en contacto con la capa más profunda de la realidad y que culminaba en la experiencia de Dios del más grande de sus hijos, Jesús de Nazaret, y que siguió viviendo en las experiencias que sus discípulos tuvieron con él. Estas expe-

riencias no necesitan seguir siendo transmitidas en el lenguaje de la heteronomía. Para quienes viven en la modernidad, ello sólo puede tener lugar dentro del lenguaje de la teonomía.

Éste es el fundamento de la necesidad y justeza de un intento de formular el mismo mensaje de antes en el lenguaje de hoy. Esta justeza puede invocar también el hecho de que muchas de las representaciones tradicionales no son tan antiguas como las más de las veces se afirma, y por tanto no pertenecen a la «buena nueva» original. A menudo, se ha pensado durante largo tiempo con ayuda de otras representaciones. La confesión de la divinidad de Jesús ha necesitado varios siglos antes de que comenzara a pertenecer al depósito de la fe; tres siglos pasaron antes de que se viera en el espíritu de Dios una persona divina; cuatro siglos para la doctrina del pecado original hereditario; mil años para reconocer al matrimonio como sacramento; mucho más tiempo aún para la infalibilidad de los Papas y los dogmas marianos. ¿Era imposible ser de veras cristiano en los tiempos anteriores a estas definiciones?

Se le puede reprochar al autor que muestra una arrogancia ridícula al preferir sus representaciones privadas a la sabiduría de todo el pasado creyente. Pero al hacerlo se estaría olvidando que este libro expresa no sólo las representaciones de ese individuo. El eco durable y amplio que ha despertado en el ámbito donde se habla la lengua holandesa es una prueba de que muchos reconocen como propias estas nuevas formas de representarse la antigua fe. Así, el autor, como individuo, es sólo una ola pequeña en un torrente ancho y profundo que se va agrandando cada día.

Veracidad

Además, este libro no pretende ser iconoclasta. Quiere servir sólo a la veracidad. Quien suscribe los derechos humanos o la doctrina de la evolución o no toma en cuenta la encíclica *Humanae vitae*, acepta en los hechos los pensamientos fundantes de la modernidad y por ello su axioma sobre la inexistencia de dos mundos. Entonces hay que aceptar todo lo que se deriva lógicamente de ese axioma. Quien de veras dice que «sí» al nuevo axioma, no puede seguir diciendo de veras «no» a sus consecuencias, cuando éstas se ven claramente.

Las perspectivas que he desarrollado en este libro van a despertar resistencia. Se trata de certidumbres que están enraizadas muy profundamente en una tradición que ha sido siempre aceptada como evidente; certidumbres tan centrales, que a uno le parece inevitable temer que se separa de la fe y de la Iglesia si las abandona... Parecen santas y más allá de toda crítica. Y hay otros tantos frenos que pue-

den llevarle a uno a preferir quedarse con lo antiguo. Pero quien dice A, debe decir también B. De lo contrario, se cae en una contradicción peligrosa consigo mismo. Un ejemplo de tal contradicción –aunque en la dirección opuesta– fue la ordenación sacerdotal de siete mujeres en 2001 en Austria, ordenación que celebraron, por cierto, a bordo de un barco en el Danubio. Quien aspira al sacerdocio heterónomo y confiesa su fe en una ordenación-desde-lo-alto y se busca en alguna parte un obispo que asegure la validez de esa ordenación por haber sido elevado a esa dignidad igualmente por el cielo, acepta no sólo una Iglesia con dos pisos, los de sacerdotes consagrados y de laicos sin consagración, sino también el sistema de dos mundos que está en su base, con el poder absoluto de un Papa en Roma. Entonces tampoco puede negar este poder e ignorar simplemente la estricta prohibición vaticana. Eso hicieron las siete «sacerdotisas». Fue tal vez valiente lo que hicieron, pero inconsecuente.

Una relativización que no daña lo absoluto

La gran mayoría de quienes van a la Iglesia y casi todos los directivos de Iglesia creen, desde niños, y por tanto sin crítica, que hay otro mundo, y que ese otro ejerce su poder mediante los canales que vienen de Roma. La existencia de este mundo es a sus ojos parte integrante y esencial de la fe. Hay de quien se atreve a relativizar las formulaciones y expresiones que se han construido sobre ello y trata de abrir la puerta a otras formulaciones tan relativas como aquéllas, ojalá mejores, en todo caso más accesibles para gente de la modernidad. ¿Amenaza esto lo absoluto de la fe? Para nada. La fe cristiana es y sigue siendo una actitud de completa y absoluta entrega al Dios salvador, cuyo amor para con los humanos irradia en la vida de Jesús de Nazaret. Esta fe incondicionada encuentra su origen y orientación en la Iglesia primitiva. No debemos perder nunca esta orientación. Como cristianos somos siempre herederos del comienzo.

Hay una encrucijada cuando se trata de expresar en palabras la entrega a Dios mediante Jesús. Esto puede suceder sólo en el lenguaje de cada cultura. La cultura de la modernidad habla otra lengua que la de los dos mundos del pasado. No estamos obligados a adoptar la modernidad ni a hablar su lenguaje. Por ejemplo, los Amish en los Estados Unidos se niegan a hacerlo y rechazan de manera consecuente los descubrimientos de la modernidad como la electricidad y el auto. Viven en la edad del caballo. Siguen cultivando el lenguaje del pasado, en el sentido amplio de la palabra. Esa gente tiene derecho a rechazar las perspectivas de este libro. Pero quien admite la modernidad día tras día no puede permitírselo, al menos si quiere ser

consecuente consigo mismo. Consecuencia significa veracidad objetiva. Quien no obra ni piensa de manera consecuente, puede seguir siendo veraz subjetivamente, por lo menos por un tiempo, hasta que le queda clara la contradicción en que vive.

Dar razón de la esperanza que nos llena (1 Pedro 3, 15)

El cristiano debe estar dispuesto a «dar razón de la esperanza que lo llena», frente a los no cristianos, quienes en Occidente son los nuevos paganos de la modernidad. Debe poder mostrar claramente a la gente moderna la riqueza de sentido de lo que confiesa. Pero, ¿tiene alguna perspectiva de éxito una empresa como ésta, si debe tratar de hacerlo en el lenguaje de los dos mundos, ese lenguaje que habla sobre dos naturalezas en una persona, de tres personas en una naturaleza, de una madre que sigue siendo virgen a pesar de la concepción y a pesar del parto...? Sin embargo, tales frases son tenidas como columnas sobre las que descansa la fe cristiana. Y son sólo una pequeña muestra de la cantidad de expresiones cristianas por las que circula la heteronomía. El no creyente moderno no puede dejar de admirarse de que alguien siga tomando en serio tales cosas.

Éste es, pues, el argumento decisivo de la utilidad y hasta necesidad de este libro. No hemos recibido nuestra fe para guardarla para nosotros mismos, cuidadosamente envuelta y enterrada con seguridad en el campo del pasado, sino para poderla esparcir y sembrar. Hoy, nuestra fe quiere decir esto, para que la cultura de la modernidad se compenetre de ella de tal manera que pueda ser una imagen promisoría del reino de Dios. Para ello, la buena nueva debe ser traducida al lenguaje de la modernidad. De lo contrario habría que temer que no vaya a poder seguir siendo buena nueva.

Roger LENAERS